

prueba la publicacion de este mismo vejamen, que en el libro impreso tiene desfigurados los nombres propios, convencido el editor de que nada ganarian los vejados ni el que los vejó con que fuera de la Academia corriese un escrito destinado á excitar la risa en una ocasion, y que hubiera debido rasgarse despues. Aquí se han restituido los nombres de los poetas, tomándolos de un manuscrito que se halla en la Biblioteca Nacional, del cual se ha copiado tambien un gran trozo inédito correspondiente á la carta de Sirene á Leopanto ó Pantaleon.

(13) *Debia vivir retirado.*

Se infiere de estas expresiones de Fabio Franchi, en las exequias poéticas de Lope, que se citarán despues de estas notas.

«Preghiamo V. M. che ordini a mezza dozzina de' suoi luminari che *cerchino minutamente* DON GIO. D' ALARCON.»

Escondido debia vivir, cuando se pedia que le buscasen escrupulosamente.

(14) *Sus damas pecaban de egoistas y prosáicas...*

Anarda en *Los favores del mundo*; en *Las paredes oyen*

doña Ana de Mendoza, y doña Ana Ramirez en *El tejedor de Segovia*; la Marquesa en *El examen de maridos*, y las dos damas, tia y sobrina, en *Mudarse por mejorarse*, tienen fisonomia bella, carácter amable ó virtuoso, y tal vez algun rasgo magnífico; pero la mayor parte de las mujeres pintadas por ALARCON aparecen de mezquina índole y facciones comunes; obran mal á sangre fria, su travesura carece de gracia, dicen que aman, y su amor no se ve: defecto gravísimo, porque entibia muchas escenas, bien discurridas y versificadas por otra parte. Quizá ALARCON, á causa de su mala figura, no habia sido muy bien tratado por las mujeres en general, mereciendo solo excepcional aprecio de alguna buena señora como la doña Ana de *Las paredes oyen*, nombre que por eso repitió con cierto cariño en sus obras. Tampoco libró ALARCON muy bien con los hombres; mas para pintarlos virtuosos y grandes, no necesitaba ir léjos á buscar el dechado; con escribir como pensaba tenia bastante.

Las damas de *El desdichado en fingir* tienen la desenvoltura que se advierte en muchas de las que introducian en sus comedias los dramáticos españoles del siglo xv: tal vez sea esta la primera obra de DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

ARTÍCULOS CRÍTICOS

ACERCA

DE LAS OBRAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

I.

DE FABIO FRANCHI.

ESSEQUIE POETICHE, ovvero Lamento delle muse italiane in morte del signor Lope de Vega (tomo XXI de las Obras sueltas de Lope, Madrid, 1779, pág. 57).

Rogamos á vuestra majestad (á Apolo) mande á media docena de sus luminaires que busquen cuidadosamente á DON JUAN DE ALARCON, y le encarguen que no olvide el Parnaso por la América, ni la ambrosía por el chocolate, sino que escriba muchas comedias como la del *Menti-*

roso y la del *Exámen de maridos*, en la cual se examinó de doctísimo artifice; pues no habrá otro mejor en el teatro, como haga que algunos de sus segundos actos acaben con más vigor su carrera.

II.

DE DON PEDRO FRANCISCO LANINI Y SAGREDO (1).

Ramillete de sainetes escogidos de los mejores ingenios de España (Zaragoza, por Diego Dormer, 1672).

PINTURA DE LOS POETAS MÁS CONOCIDOS

(aplicada á una hermosura).

Atencion al parnaso
De una belleza,
Que se retrata al temple
De los poetas.
Tan gallardo es el arte
De aquesta dama,
Que Calderon sin duda
Le hizo la traza.
La cumbre de su pelo
Corona Apolo,
Y es, sin ser *Garcilaso*,
Matos *Fragoso*.
Su frente es de los *Vélez*
Por la grandeza,
Y en lo claro parece
Lope de Vega.
A sus cejas nunca
Pudo ver *Cáncer*;

MAS DE ALARCON OSTENTAN
DIVINIDADES.
Son con *Mira de Améscua*
Sus ojos bellos
Algo qué de *Solises*
Y algo *Moretos*.
Es su nariz perfecta,
Si se repara,
Por prodigio más nuevo,
Villa-mediana.
Tirso y el *Vicentino*,
Junto á sus labios,
Se avergüenzan de verse
Tan colorados.
El morder de *Quevedo*
Tiene entre dientes,
Y es su lengua de *Ulloa*
Pico y Canente.

En su boca es su aliento,
Por los azáres,
Don Antonio Mendoza
Junto á *Bocángel*.
Para su garganta
Los *Argensolas*
Le pidieron lo fresco
A *Villaviciosa*.
Góngora, al ver su talle,
Le dice á *Hortensio*:
«No echaron nuestras obras
Tan lindo cuerpo.»
Son sus brazos airosos;
Mas no he encontrado
Con ingenio ninguno
Que tenga brazos.
Zárate por lo heróico
Las manos gana,

Y el *Camocens* de barato
Lleva las palmas.
Pantaleon su pié glosa
Con *Benavente*,
Y así cifran en poco
Mucho juguete.
Lo que no se retrata
Sepa el curioso
Que *Montalban* no puso
En *Para todos*.
Mas quien lo consiguere,
Tenga por cierto
Que no leerá los *Ocios*
De *Rebolledo*.
Los demás del Parnaso
Que no se han visto,
En las faldas del monte
Van escondidos.

(1) Este no es artículo crítico; pero en solas dos breves líneas incluye el mayor elogio que de ALARCON se hizo en su tiempo: trasládase por eso aquí, esperando que no desagrade al lector.

En el libro donde se halla, hay tambien un entremés de ALARCON, titulado *La condesa*: tan lastimosamente desfigurado está, que me he abstenido de reimprimirle.

III.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

OBRAS LITERARIAS DEL MISMO. — Apéndice sobre la comedia española.

También pertenece al mismo género moral, no ménos provechoso que entretenido, la comedia de DON JUAN RUIZ DE ALARCON, *La verdad sospechosa*, en la que se ve á un mancebó de ingenio y buenas prendas afearlas todas con el vicio de mentir á destajo: si por casualidad se le suelta un cabo, lo enlaza al punto con destreza; si le cortan un nudo, le afianza con mil; pero al fin queda envuelto en las mismas redes que tejia, y deshace por su despreciable vicio el casamiento que anhelaba. «El argumento me ha parecido tan ingenioso y bien manejado (decia Corneille hablando de esta composicion), que he dicho muchas veces que daría dos de los mejores que he compuesto, con tal que esta fuese de mi invencion...» «Sea cual fuere su autor, lo cierto es que ella tiene gran mérito; y no he visto nada en aquella lengua que me agrada más.» Nada tan honroso como el voto de ese gran maestro: y efectivamente son muchas y muy recomendables las prendas que adornan la citada comedia, pues á su feliz invencion añade la dición purísima, un estilo en general terso y limpio, agudeza en los chistes con urbanidad y decoro, y facilidad y gracia en la versificación, sin incorreccion ni desaliño.

Se conoce que ese feliz ingenio atinó cumplidamente con el fin que debe proponerse un autor cómico; y en otra composicion suya, intitulada *Las paredes oyen* (mucho ménos conocida que *La verdad sospechosa*, pero que puede servirle de pareja), se ve censurado con mucha facilidad y donaire el vicio de un jóven maldiciente: este carácter, más propio de la verdadera comedia que el que descubre *El mal hombre*, que tantos elogios ha valido á Grésset, se halla desenvuelto con arte y maestría, presentando este drama una lección muy provechosa, pues un mozo dotado de cualidades bizarras y querido de todos, pierde por solo su mala lengua la mano de la mujer que ama. El fin moral de esta comedia se encierra en los siguientes versos, con que concluye:

Suplico á vuesasmercedes
Miren que oyen las paredes,
Y á toda ley, hablar bien.

Antes del gran Corneille valian tan poco las comedias francesas, que las primeras que ese autor compuso, aunque de escaso valer, parecieron muy bellas, comparándolas con las de Hardy y otras semejantes, á que estaba acostumbrado el público. Así no nos maravillamos de que nos diga Fonnetelle, en la Vida de aquel célebre poeta y aludiendo á una de sus comedias, «que está casi enteramente tomada del español, segun la costumbre de aquel

tiempo;» ni que afirme en otra parte, «que entónces se tomaban casi todos los argumentos de los españoles, por lo mucho que en tales materias sobresalen.» Conforme también con este testimonio, decia Voltaire en sus *Comentarios*, y aludiendo al tiempo de Corneille, «que los españoles ejercian en todos los teatros de Europa el mismo influjo que en los negocios públicos; y limitándose, en otro de sus escritos, á hablar de su propia nacion, se expresa de esta suerte: «Forzoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética y la primera comedia de carácter que hayan dado á Francia celebridad;» aludiendo en la primera parte de su proposicion al *Cid*, y en la segunda á *El mentiroso*, también de Corneille. Este escritor confesó ingenuamente que su obra no era sino una copia de un excelente original, que tenia por título *La verdad sospechosa*; y tan prendado estaba de sus bellezas, que la llama entusiasmado *maravilla del teatro*, no dudando asegurar que «no ha hallado nada que se le parezca en antiguos ni en modernos.»

Ya sería no poca gloria para el autor español de esa comedia haber contribuido á la primera de mérito y renombre que viera el teatro frances; pero quiso su buena dicha que lograrse todavia un influjo más lisonjero. «No es la citada obra de Corneille (decia Voltaire) sino una traduccion; pero probablemente á esa traduccion es á la que debemos Molière. Es imposible, en efecto, que Molière haya visto esa composicion sin descubrir al punto la singular ventaja que lleva ese género á todos los demas, y sin haberse dedicado enteramente á él.»

Lo que solo proponia ese critico famoso cual conjetura suya, puede ya asegurarse como hecho cierto; pues no cabe prueba mas convincente que la que he hallado en una carta en que el mismo Molière decia á Boileau: «Mucho debo al *Mentiroso*: cuando se representó este, ya tenia yo deseos de escribir; pero me hallaba dudoso acerca de lo que escribiría; mis ideas aun estaban confusas, y esa obra las fijó...» «En fin, sin el *Mentiroso* hubiera compuesto sin duda algunas comedias de enredo, *El Atolondrado*, *El despecho amoroso*; pero tal vez no hubiera compuesto *El Misántropo*...»

Tal fué el mejor fruto de la comedia de Corneille, y de que ciertamente debe gloriarse el teatro español, que suministró el prelado original, con cuya hermosa imitacion logró tantos aplausos ese célebre dramático, que publicó luego una *Continuacion del mentiroso*, expresando con laudable sinceridad «que habia tenido razon en decir que no sería aquel el último empréstito ó hurto que haría á los españoles.»

IV.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

ENSAYOS LITERARIOS Y CRÍTICOS, POR EL MISMO.—Sevilla, 1841.

Uno de nuestros mejores poetas dramáticos del siglo XVII, superior á todos en la correccion del estilo, é inferior á muy pocos en la originalidad de los pensamientos y en el artificio dramático. Muy cortas noticias biográficas tenemos acerca de DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA. Solo sabemos que fué contemporáneo de Montalban, que le cita en el *Para todos*. Sus apellidos anuncian la nobleza de su cuna, y más aun la urbanidad caballerosa y siempre sostenida de su lenguaje, y los sentimientos generosos que atribuyó á sus personajes. Es el que más se acercó á Calderon en estas dos calidades (1).

Las comedias que conocemos de él son de varias especies. Entre ellas merecen el primer lugar las de costumbres, y más que todas, *La verdad sospechosa*, que sirvió de tipo al gran Corneille para escribir su *Menteur*, primer drama cómico del teatro frances que tuviese mérito. Hay otras comedias de ALARCON que pertenecen al género trágico, como *La crueldad por el honor*, *El dueño de las estrellas*, *Lo que mucho vale mucho cuesta*; las hay, en fin, de capa y espada, y heroicas. Las dos partes del *Tejedor de Segovia* pueden colocarse en la clase de románticas ó novelescas.

En todas ellas se reconocen como las principales dotes de ALARCON, el arte de interesar, que es el alma de la poesia dramática, y la gracia, facilidad y valentía de la expresion con lenguaje esmerado y correcto: esta última prenda es muy poco comun en nuestros escritores dramáticos, ya pervertidos por los vicios del gongorismo, de la sutileza y de los conceptos de su siglo, ó ya obligados por la precipitacion á dejar mal limadas sus obras. Podrán tal vez notarse algunos trozos demasiado poéticos, mas no aquellos otros defectos. Tiene nobleza y sencillez, versificación pura y sostenida; adapta el lenguaje al carácter del personaje; en fin, puede mirarse como uno de los padres del idioma en una época en que ya comenzaba á pervertirse.

La direccion de la fábula es la misma que la de Calderon, á quien tomó por modelo en esta parte (2); pero le excede en la descripcion de los caracteres, muy poco variada en aquel rey de la escena. ALARCON los supo variar y contrastar, y tres de sus comedias, *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen* y *La prueba de las promesas*, pueden sufrir la comparacion con las de Terencio, á quien se parece mucho nuestro autor en la elegancia de la dición y en las intenciones morales de la fábula.

Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la accion, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demas es superior en estas dotes; y á los colosos que van nombrados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de ALARCON estaba

(1) Pero téngase presente que ALARCON escribió antes que Calderon.

(2) Calderon nació en el año 1600, cuando ALARCON debía ya de haber escrito algunas comedias.

más exento de vicios, aunque su genio no fuese tan profundo en bellezas.

Las comedias que hemos leído de él son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. Leyendo á Moreto, nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. ALARCON no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporcion con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas.

¿Por qué un poeta de tanto mérito, no solo como autor dramático, sino también como hablista, ha sido tan olvidado de nuestros literatos, que apenas eran conocidas sus obras, y de nuestros actores, que no las representaban? ¿Cosa extraña! El mérito de ALARCON era reconocido en toda Europa, que aplaudia *El Embustero* de Corneille; y en su misma patria era tan ignorado, que un mal poeta del tiempo y de la escuela de Comella hizo en dos malos actos una mala imitacion de la pieza francesa, sin que el público, ni aun quizá el mismo zurcidor, supiesen á quién se debía el pensamiento original. Hé aquí uno de los frutos de la reaccion de Montiano y de Moratín el padre. Este gran titulo y otros muchos de nuestra gloria fueron condenados al olvido por la injusta proscricion de nuestro antiguo teatro, tan injusta por lo ménos como la quemada absoluta de la librería de don Quijote, hecha por el ama y la sobrina. Pero los partidos literarios, así como los políticos y los religiosos, no atienden nunca á la gloria nacional. El fanatismo es su única guía.

Quando el teatro español, abrumado con las producciones ridiculas del último tercio del siglo pasado, volvió á dar permiso para representar algunas de nuestras comedias antiguas, una sola se representó de RUIZ DE ALARCON, y aun esa, no como suya, sino como de Lope de Vega, á quien se atribuyó en ediciones falsificadas. Sería muy difícil explicar la razon de este olvido en la misma época que resucitaba Tirso de Molina, despues de cerca de dos siglos que desapareció de la escena; porque hasta las preocupaciones del tiempo eran favorables á ALARCON, el más regular, el más clásico, por decirlo así, de todos los autores cómicos que fueron contemporáneos suyos.

Tenemos entendido que en estos últimos años se le ha hecho la justicia que merece, y que se han representado con aplauso sus dos mejores comedias de costumbres, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*. En Francia, donde ya era conocido su nombre, por la ingenuidad noble de Corneille, que siempre citó las fuentes de donde sacaba los argumentos de sus dramas, se conocen también las comedias de nuestro poeta; y en una de las innumerables colecciones literarias que se publican en París hemos visto el análisis de algunas de ellas. Nada falta ya á la glo-

ria de este ilustre escritor, tan menoscabada mientras vivió por los envidiosos y los ladrones literarios, que imprimieron sus obras bajo otros nombres, según consta de las quejas del mismo ALARCON en el prólogo de la genuina que publicó.

Este poeta no es de aquellos que para conocerlos debidamente basta examinar una u otra de sus piezas y presentar muestras de su estilo. Siendo, como es, original en todas sus producciones, es preciso examinar las comedias de mérito que escribió, y solo deberán exceptuarse las que, ó por haber sido compuestas en su primera juventud, ó en momentos en que la inspiración dormía, carecen de los rasgos y situaciones dramáticas interesantes, que tanto abundan en sus piezas escogidas. Estas perte-

necen á diferentes géneros, y debemos mostrar la habilidad del escritor en cada uno de ellos. Empezaremos pues por las de costumbres, que, á pesar de cuanto digan los sectarios de la escuela de Victor Hugo, serán siempre las más apreciadas de la porción instruida del público; porque son las que cumplen más directamente la condición impuesta por Horacio á los poetas dramáticos, de mezclar lo útil con lo agradable. Lope de Vega, en su *Arte de hacer comedias*, dice que las escribía él mismo á despecho de Terencio. ALARCON, sin alterar las formas dramáticas introducidas por el fundador de nuestro teatro, estudió é imitó perfectamente al cómico latino, cuyo mérito consiste no tanto en la disposición de la fábula, como en la instrucción moral que resulta de ella.

V.

DEL SEÑOR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, año 1831, número perteneciente al día 30 de noviembre.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma corrección y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Corneille*, que imitando, ó más bien traduciendo, la preciosa comedia de *La verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcon como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas hizo alarde este autor singular, en contraposición á los grandes extravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intención moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distinguen por una admirable economía y sencillez en la acción, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes, y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una corrección tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos de comedias se publicaron de Alarcon: la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habían sido atribuidas á otros autores, y lo expresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabe (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El examen de maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños: culpa de los impresores, que les dan los que les parece; no de los autores á quien las han atribuido, cuyo mayor descuido luce más que mi mayor cuidado; y así, he querido declarar esto más por su honra que por la mía;

que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia, etc.» —Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias de *Las paredes oyen*, *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, que el mismo señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de ALARCON (dice aquel eminente poeta y crítico) son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones.—Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. ALARCON no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecía imposible después de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporción con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas.» —Y en otra parte dice: «Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase. El gusto de ALARCON estaba más exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, ALARCON fué envuelto en la proscripción injusta y apasionada que el siglo XVIII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional.—Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudía con entusiasmo y señalaba como la primera producción cómica del teatro francés *Le Menteur*, de *Corneille*, y que nuestros serviles traductores la vestían á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban ó afectaban ignorar el original, confesado por el mismo *Corneille*, de aquella admirable pieza: *La verdad sospechosa*, de nuestro ALARCON.

Los actuales críticos, más justos ó más instruidos, han

ACERCA DE LAS OBRAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Rojas y Moreto.—Las mejores comedias de ALARCON han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que tan bien merecen; la prensa ha vuelto á reproducir muchas de ellas, la crítica á analizarlas, y hasta se anuncia próxima la publicación de todo el teatro de este distinguido ingenio, recogido por el diligente esmero de los celosos editores de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Por fortuna de la gloria nacional se ha salvado, aunque en escasísimos ejemplares, el precioso tesoro de su repertorio, y puede reproducirse íntegro á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española.

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido ALARCON, pues la incuria de sus contemporáneos y su propia modestia nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra don Nicolás Antonio, que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobación de lo cual el

erudito señor Ochoa, en su *Tesoro del teatro español*, impreso en Paris en 1838, añade una cita de Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico, de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682, en cuyo folio 231 dice positivamente «que ALARCON nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente». —Probablemente (y esto es una presunción nuestra) sería de la misma familia del virtuoso sacerdote Don Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla.—Acaso nuestro poeta sería hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundación.—De esta manera explicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA que hoy nos ocupa.

VI.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

RESÚMEN HISTÓRICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, Segunda parte del Manual de literatura (cuarta edición, Madrid, 1831).

Hay personas que, sin embargo de hallarse dotadas de gran mérito, tienen la desgracia de no alcanzar la reputación que sus obras merecen. DON JUAN RUIZ DE ALARCON se encuentra en este caso. En vida fué escarnecido hasta por ingenios que, como Lope de Vega, no tenían el defecto de la envidia, y solían prodigar elogios excesivos á los más medianos poetas; sus mejores obras se las atribuyeron á otros; y después de muerto no se le ha apreciado como era debido, prefiriéndosele otros muchos. No obstante, merece ser colocado entre nuestros primeros escritores dramáticos; y si aquí hubiéramos de seguir únicamente nuestro propio gusto, tal vez le preferiríamos á todos, porque en él brillan más que en ninguno las cualidades que constituyen la verdadera comedia. No es tan abundante como Lope ni tan poeta como Calderon; pero tiene más profundidad, más gusto, más corrección, más filosofía. El corto número de sus obras lleva tal sello de originalidad y de vigor, que es imposible no distinguirlas de las demás. Si con alguien pudiera confundirse á veces, sería con Moreto; ambos se dedicaron, en efecto, con preferencia á los asuntos morales; y si Moreto ostenta más arte, ALARCON es más lógico y más enérgico.

Sigue, con respecto á la vida de este autor, la misma ignorancia que nos ha rodeado al tratar de otros muchos. Sabemos únicamente que nació en Tasco (reino de Nueva España) pero no en qué año; siendo oriundo de Alarcon, pueblo de la provincia de Cuenca, y perteneciendo sin duda á una familia ilustre, como lo acredita su apellido. Sin que se conozca la causa de haber pasado á España, se le encuentra en Europa en 1611, ya licenciado en leyes,

y en 1628 era relator del consejo de Indias, acaeciendo su muerte en 1639. Dedicó sus obras, cuya colección es muy rara en el día, á don Ramiro Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, que era del mismo Consejo y que sin duda le protegería.

Si bien ALARCON debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no fué igualmente bien dotado por ella en cuanto á las dotes corporales. Su cuerpo desfigurado se prestaba al ridículo, y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se le tuvo. Un poeta, por lo demás bien desconocido, don Juan Fernandez, decía de él:

Tanto de corcova atras
Y adelante, ALARCON, tienes,
Que saber es por demás
De dónde te corco-vienes
O á dónde te corco-vas.

No obstante, su mérito no se ocultó á la corte, y el Duque de Cea le encargó la descripción de unas funciones que hubieron de valerle algo, y de las que hizo una relación poco feliz. Con este motivo se desencadenaron todos contra él, y existe una colección de décimas en que se le satiriza cruelmente, compuestas por la mayor parte de los ingenios de la corte, sin que faltasen los de primera nota. Trasladaremos aquí algunas, para dar al propio tiempo idea de esta clase de guerra literaria en aquella época. (Quedan ya impresas todas en las páginas xxxii, xxxiii y xxxiv.)

En la Biblioteca Nacional de Madrid existen manuscritas unas seguidillas muy malas contra este poeta, de las cuales solo copiamos la que sigue:

A ningún corcovado
Daré ventaja;
Que una traigo en el pecho
Y otra en la espalda.
¡Jesus! ¿qué tengo?
Que parecen alforjas
De bordonero.

Adviértese por las décimas que una de las acusaciones que le hacían era la de plagiario: acusación bien injusta por cierto, pues nada de sus obras se ve que deba á los demas, á no ser haber tratado algunos asuntos tocados ya por otros; y que, á la verdad, quedaron en sus manos notablemente mejorados. Lo gracioso es que él era el verdadero robado, pues sus mejores comedias se imprimieron con nombres ajenos, sin duda por la codicia de los editores, que para dar mejor salida á la obra la atribuían á ingenios que gozaban de más reputación y popularidad que el desgraciado relator del Consejo. A tal punto llegó esto, que *Cornelle*, al imitar su comedia de *La verdad sospechosa*, dijo que era de Lope de Vega; y *Alarcon* tuvo por fin que reclamar su propiedad, imprimiendo al frente de la segunda parte de sus obras lo siguiente: «Sabe que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son el *Tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El examen de maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños.»

Montalban, que fué uno de los que entraron en la conjuración de décimas contra *Alarcon*, no desconoció; sin embargo, el mérito de este poeta, y dice de él en su *Para todos*, hablando de sus comedias: «Las disponia con tal novedad, ingenio y acierto, que no habia comedia suya que no tuviese mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haberse escrito tantas, era gran muestra de su caudal fertilísimo.» Igual elogio hace de él don Nicolas Antonio; Lope de Vega tambien le hizo justicia en su *Laurel de Apolo*; y se ve que si no alcanzó la popularidad de otros ingenios, acaso por no haber escrito mucho, circunstancia que al parecer era entonces indispensable para brillar, al ménos las personas entendidas reconocieron al cabo su indisputable mérito.

Si las obras de un autor pueden presentarse como el retrato de su alma, sin duda la de *Alarcon* debió ser bellísima; porque en general sus comedias se dirigen á reprender los vicios y ensalzar las virtudes. Ya se muestra el campeón de la *verdad*, manifestando que quien falta á ella la llega hasta hacer *sospechosa* en sus labios; ya confunde al maldiciente y le impone el castigo digno de su lengua viperina, como en *Las paredes oyen*; ya ensalza la fidelidad en cumplir su palabra, como en *Ganar amigos*; ya pone en escena el más noble desprendimiento de la amistad, como en el *Examen de maridos*; ya en la *Prueba de las promesas* demuestra lo que estas tienen de sagrado: en todo ostenta siempre sentimientos de pundonor, generosidad y delicadeza. Sus pensamientos son grandes y sus sentencias profundas; sus planes bien pensados, aunque tal vez se desearia en ellos más regularidad; y su versificación, llena, fácil, sonora, exenta de afectación y culteranismo, resplandece por la pureza, sencillez y naturalidad, mereciendo servir de modelo, con preferencia á todos nuestros antiguos poetas dramáticos, en el modo de manejar el habla castellana.

En *Ganar amigos* don Fernando ha muerto al hermano de don Fadrique; la justicia le persigue, y él pide auxi-

lio á este último, que le ofrece amparo sin conocerle. Don Fadrique sabe despues quién es; pero cumple fielmente su palabra; y don Fernando, al ver tanta generosidad, le dice:

La tierra que estáis pisando
Será el altar de mi boca.

Y don Fadrique responde:

Caballero, levantáos:
No me déis gracias por esto,
Supuesto que no lo hago
Yo por vos, sino por mí,
Que la palabra os he dado.
Cuando la di, os obligué:
Cumplirla no es obligaros;
Que es pagar mi obligacion,
Y nadie obliga pagando.
De esto procedió el decirlo
No os disculpéis, por mostrados
Que sin que excuseis la ofensa
Ni disculpéis el agravio,
Basta, para que yo cumpla
Mi palabra, haberla dado.

Don Fadrique, despues de levantar á don Fernando, se bate con él y le vence; y como este prefiere la muerte á revelar el secreto de su dama, dice el primero:

Levantad, ejemplo raro
De fortaleza y valor,
Alto blason del honor,
De nobleza espejo claro.
Vivid: no permita el cielo
Que quien tal valor alcanza,
Por una ciega venganza
Deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
Con esto, pues si sabeis
Que sé que muerto me habeis
Mi hermano, sabeis tambien
Que cuerpo á cuerpo os venci;
Y si ya pude mataros,
Hago más en perdonaros,
Pues tambien me vengo á mí.
Para con el mundo nada
Satisfago, si aquí os diera
Muerte, pues nadie supiera
Que la autora fué mi espada,
Por el secreto que ofrece
Esta muda obscuridad;
Y en tanto que la verdad
De mi ofensor se obscurece,
No tengo yo obligacion
De daros muerte, si bien
La tengo de inquirir quién
Hizo ofensa á mi opinion.
Guardaos, si viene á saberse
Que fuistes vos mi ofensor,
Porque en tal caso mi honor
Habrà de satisfacerse;
Mientras no, para conmigo
No solo estáis perdonado,
Pero os quedaré obligado
Si me queréis por amigo.

DON FERNANDO.

De eterna y firme amistad
La palabra y mano os doy.

DON FADRIQUE.

Don Fernando de Godoy,
Idos con Dios, y pensad
Que puesto que ya la muerte
De mi hermano sucedió,
Que más que á mí quise yo,
Os estimo de tal suerte,
Que trueco alegre y ufano,
A mi suerte agradecido,
El hermano que he perdido
Por el amigo que gano.

En la *Verdad sospechosa*, don Beltran, padre de don García, le saca al campo para reprenderle el vicio que tiene de mentir en todas las ocasiones.

DON BELTRAN.

¿Sois caballero, García?

DON GARCÍA.

Téngome por hijo vuestro.

DON BELTRAN.

¿Y basta ser hijo mio

Para ser vos caballero?

DON GARCÍA.

Yo pienso, señor, que sí.

DON BELTRAN.

¿Qué engañado pensamiento!

Solo consiste en obrar

Como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio á las casas

Nobles? Los ilustres hechos

De sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos,

Hazañas de hombres humildes

Honraron sus herederos.

Luego en obrar mal ó bien

Está el ser malo ó ser bueno.

¿Es así?

DON GARCÍA.

Que las hazañas

Dén nobleza, no lo niego;

Mas no negueis que sin ellas

Tambien la da el nacimiento.

DON BELTRAN.

Pues si honor puede ganar

Quien nació sin él, ¿no es cierto

Que por el contrario puede,

Quien con él nació, perderlo?

DON GARCÍA.

Es verdad.

DON BELTRAN.

Luego si vos

Obráis afrentosos hechos,

Aunque seáis hijo mio,

Dejais de ser caballero;

Luego si vuestras costumbres

Os infaman en el pueblo,

No importan paternas armas,

No sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es que la fama

Diga á mis oídos mesmos

Que á Salamanca admiraron

Vuestras mentiras y enredos?

¿Qué caballero y qué nada!

Si afrenta al noble y plebeyo

Solo el decirle que miente,

Decid, ¿qué será el hacerlo,

Si vivo sin honra yo,

Segun los humanos fueros,

Mientras de aquel que me dijo

Que menta no me vengo?

¿Tan larga tenéis la espada,

Tan duro tenéis el pecho,

Que penseis poder vengaros,

Diciéndolo todo el pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre

Tan humildes pensamientos,

Que viva sujeto al vicio

Mas sin gusto y sin provecho?

El deleite natural

Tiene á los lascivos presos;

Obliga á los codiciosos

El poder que da el dinero;

El gusto de los manjares

Al gloton; el pasatiempo

Y el cebo de la ganancia

A los que cursan el juego;

Su venganza al homicida,

Al robador su remedio,

La fama y la presuncion

Al que es por la espada inquieto;
Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir, ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?

En pocos poetas nuestros antiguos se hallarán relaciones como esta y otras muchas que tiene *Alarcon*, que son verdaderos trozos de moral, aunque no falta nunca en ellas la expresion poética, si bien con la sencillez y claridad que distingue su estilo. Tal es en general el carácter de este poeta, que adivinó la comedia de *Molière*, ó por mejor decir la *crèò*, aunque sujetándose siempre á las formas que eran ya condicion precisa de nuestro teatro. Y decimos que la *crèò*, porque en efecto así fué. Esta comedia, imitada y en gran parte traducida por *Cornelle*, fué el primer paso que dió la Francia en el género que aquel célebre escritor llevó luego á su perfeccion. Hasta entónces solo habia presentado la escena francesa dramas de enredo mal copiados de nuestros autores. El *Menteur* les enseñó á componer verdaderas comedias morales, y les señaló el sendero que mejor convenia á su genio dramático. Así lo confesó el mismo *Molière* en una carta á *Boileau*, diciendo «que cuando el *Menteur* se representó andaba dudoso acerca del género en que escribiría; que sin aquella comedia hubiese tal vez compuesto algunas de enredo, pero que ella le señaló el verdadero camino, que le condujo hasta componer el *Misántropo*». De suerte que Francia, por el intermedio de su gran poeta *Cornelle*, recibió de nosotros los dos géneros que han ilustrado su teatro, la tragedia y la comedia.

No se limitaba, sin embargo, *Alarcon* á presentar pensamientos elevados y morales, revestidos de puro lenguaje; poseia tambien la *vis comica*, si no tan maligna y punzante como *Tirso*, más delicada y urbana; debiendo sus gracias más bien al pensamiento y á la situacion que á las palabras. Véase, si no, cómo en la misma comedia que acabamos de citar pinta don García á su criado *Tristan* un supuesto desafío, haciéndosele creer, á pesar de ser el confidente de sus mentiras.

DON GARCÍA.

Yo te lo quiero contar;
Que pues sé por experiencia
Tu secreto y tu prudencia,
Bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
Me escribió que me aguardaba
En San Blas don Juan de Sosa
Para un caso de importancia.
Calle, por ser desafío;
Que quiere el que no lo calla
Que le estorben ó le ayuden:
Cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio,
Donde don Juan me aguardaba
Con su espada y con sus celos,
Que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
Satisface á su demanda;
Y por quedar bien, al fin
Desnudamos las espadas.
Elegi mi medio al punto.
Y haciéndole una ganancia
Por los grados del perfil,
Le di una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
Un *Agnus Dei* que llevaba;
Que topando en él la punta
Hizo dos partes mi espada.
El sacó piés del gran golpe;
Pero con ardiente rabia

Vigo tirando una punta;
Mas yo por la parte flaca
Cogí su espada, formando
Un atajo. El presto saca
(Como la respiración
Tan corta línea le tapa,
Por faltarle los dos tercios
A mi poco fiel espada)
La suya corriendo filos;
Y como cerca me halla
(Porque yo busqué el estrecho,
Por la falta de mis armas),
A la cabeza furioso
Me tiró una cuchillada.
Recibí en el principio
De su formación y baja,
Matándole el movimiento
Sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué Troya! Saqué
Un revés con tal pujanza,
Que la falta de mi acero
Hizo allí muy poca falta;
Que abriéndole en la cabeza
Un palmo de cuchillada,
Vino sin sentido al suelo,
Y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
Me vine. Esto es lo que pasa,
Y de no verle estos días,
Tristan, es esta la causa.

TRISTAN.
¿Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

DON GARCÍA.
Cosa es clara,
Porque hasta los mismos sesos
Esparcí por la campaña.

TRISTAN.
¿Pobre don Juan!—Mas ¿no es este
Que viene aquí?

DON GARCÍA.
¿Cosa extraña!

TRISTAN.
¿También á mi me la pegas?
¿Al secretario del alma!

En el *Exámen de maridos* hay una escena en que doña Ines se va informando de todos sus pretendientes, y que está llena de gracia y filosofía.

DOÑA INES.
¿Teneis, Beltran, prevenidos
Los memoriales?

BELTRAN.
Dispuestos
Están, como has ordenado.

DOÑA INES.
Pues llegad, llegad asientos:
Sentáos, Beltran. El exámen
En nombre de Dios empiezo.

BELTRAN.
Este billete, señora,
Es de don Juan de Vivero.

DOÑA INES.
Breve escribe. Dice así:
«Si os mueven penas, yo muero.»
—Esto de *muero* es vulgar;
Mas por lo breve es discreto.

BELTRAN.
Hecha tengo la consulta.

DOÑA INES.
Decid.
BELTRAN.
«Don Juan de Vivero,
Mozo, galán, gentil hombre,
Y en sus acciones compuesto;

Seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero.
Es modesto de costumbres;
Aunque dicen que fué un tiempo
A jugar tan inclinado,
Que perdió hasta los arreos
De su casa y su persona;
Pero ya vive muy quieto.»

DOÑA INES.
El que jugó jugará;
Que la inclinación al juego
Se aplaca, mas no se apaga.—
Borraide.

BELTRAN.
Ya te obedezco.
DOÑA INES.

Proseguid.
BELTRAN.
Este es don Juan
De Guzman, noble mancebo.

DOÑA INES.
¿No es este el que ayer traía
Una banda verde al cuello?

BELTRAN.
Ese mismo.

DOÑA INES.
Pues yo dudo
Que escape de loco ó necio;
Que preciarse de dichoso
Nunca ha sido acción de cuerdo.

(Lee.) «En tanto que el máximo planeta en giro veloz ilustre el orbe, y sus piramidales rayos iluminen mis vítreos ojos...»

DOÑA INES.
¿Oh qué fino mentecato!
BELTRAN.

¿Y qué puro majadero!
DOÑA INES.

¿A una mujer circunloquios
Y no usados epítetos!

BELTRAN.
¿Quieres oír su consulta?
DOÑA INES.
No, Beltran; borralde presto,
Y al margen poned así:
«Este se borra por necio:
No se consulte otra vez,
Porque es falta sin remedio.»

BELTRAN.
Ya está puesto. El que sigue
Es don Gomez de Toledo,
Que la cruz de Calatrava
Ostenta en el noble pecho;
Hombre que anda á lo ministro,
Capa larga y corto cuello,
Levantado por detras
El cuello del ferretuelo,
El paso compuesto y corto,
Siempre el sombrero derecho,
Y un papel en la pretina;
Maduro en años y en seso.

DOÑA INES.
Apruebo el seso maduro;
Maduros años no apruebo
Para un marido, Beltran.

BELTRAN.
Es maduro, mas no es viejo.
DOÑA INES.

Va la consulta.
BELTRAN.
Es Hurtado

De Mendoza.
DOÑA INES.
¿De los buenos?

BELTRAN.
De los buenos.

DOÑA INES.
Será vano.

BELTRAN.
Es pobre.

DOÑA INES.
Serálo ménos.
BELTRAN.

Tiene esperanza de ser
De una gran casa heredero.

DOÑA INES.
No conteis por caudal propio
El que está en poder ajeno;
Y más donde el morir ántes
O despues es tan inclerto.

BELTRAN.
Pretende oficios.

DOÑA INES.
¿Pretende?
¿Triste dél! ¿Teneis por bueno
Para mi marido á quien
Ha de andar siempre pidiendo?

BELTRAN.
Un vireinato pretende.

DOÑA INES.
¿Vireinato cuando ménos!
Mirad si digo que es vano.

BELTRAN.
Tiene para merecerlo
Innumerables servicios:

DOÑA INES.
A maravedis los trueco;
Que méritos no premiados
Son litigiosos derechos.

BELTRAN.
Solo entre sus buenas prendas
Se le conoce un defecto.

DOÑA INES.
¿Cuál?

BELTRAN.
Es colérico, adusto.

DOÑA INES.
¿Peligroso compañero!

BELTRAN.
Mas dicen que aquella furia
Se le pasa en un momento,
Y queda apacible y manso.

DOÑA INES.
Si con el ardor primero
Me arroja por un balcon,
Decidme, ¿de qué provecho,
Despues de haber hecho el daño,
Será el arrepentimiento?

BELTRAN.
¿Borrarélo?

DOÑA INES.
Si, Beltran;
Que elegir esposo quiero
A quien tenga siempre amor,
No á quien tenga siempre miedo.

BELTRAN.
Ya está borrado. Consulta
De don Alonso.

DOÑA INES.
Ya entiendo.

BELTRAN.
Este tiene nota al margen
Que dice: «Merced le han hecho
De un hábito, y no ha salido:
Consúlteseme en saliendo.»

DOÑA INES.
¿Ha salido?

BELTRAN.
No, señora.

DOÑA INES.
Harta lástima le tengo.
Beltran, el que hábito pide,
Más pretende, según pienso,

Dar muestra de que es bienquisto,
Que no de que es caballero.—
Adelante.

BELTRAN.
Don Guillen
De Aragon se sigue luego,
De buen talle y gentil brio;
Sobre un condado trae pleito.

DOÑA INES.
¿Pleito tiene el desdichado?

BELTRAN.
Y dicen que con derecho;
Que sus letrados lo afirman.

DOÑA INES.
Ellos ¿cuándo dicen ménos?

BELTRAN.
Gran poeta.

DOÑA INES.
Buena prenda,
Cuando no se toma el serlo
Por oficio.

BELTRAN.
Canta bien.

DOÑA INES.
Buena gracia en un soltero,
Si canta sin ser rogado,
Pero sin rogar con ello.

BELTRAN.
En latin y en griego es docto.

DOÑA INES.
Apruebo el latin y el griego;
Aunque el griego, más que sabios,
Engendrar suele soberbios.

BELTRAN.
¿Qué mandas?

DOÑA INES.
Que se consulte,
Si saliere con el pleito.

BELTRAN.
El que se sigue es don Marcos
De Herrera.

DOÑA INES.
Borrado luego;
Que don Marcos y don Pablo,
Don Pascual y don Tadeo,
Don Simon, don Gil, don Lucas,
Que solo oírlos da miedo,
¿Cómo serán si los nombres
Se parecen á sus dueños?

BELTRAN.
Ya está borrado. Consulta
Del conde don Juan.

DOÑA INES.
Ya entiendo.

BELTRAN.
Es andaluz, y su estado
Es muy rico y sin empeño,
Y crece más cada dia;
Que trata y contrata.

DOÑA INES.
Eso
En un caballero es falta;
Que ha de ser el caballero
Ni pródigo de perdido,
Ni de guardoso, avariento.

BELTRAN.
Dicen que es dado á mujeres.

DOÑA INES.
Condición que muda el tiempo:
Casará, y amansará
Al yugo del casamiento.

BELTRAN.
No es puntual.

DOÑA INES.
Es señor,

BELTRAN.
Mal pagador.
DOÑA INES.
Caballero.
BELTRAN.
Avalentado.
DOÑA INES.
Andaluz.
BELTRAN.
Es viudo.
DOÑA INES.
Borralde presto;
Que quien dos veces se casa,
O sabe envidiar ó es necio.
BELTRAN.
El conde Carlos se sigue.
Este tiene gran derecho;
Que es noble, rico y galán,
Y de muchas gracias lleno.
DOÑA INES.
Sí; más tiene una gran falta.
BELTRAN.
¿Y cuál es?
DOÑA INES.
Que no le quiero
BELTRAN.
¿Borraré?
DOÑA INES.
No, Beltran,
Ni le borro ni le apruebo.
BELTRAN.
Solo el marqués don Fadrique
Resta ya: sus partes leo.
DOÑA INES.
Decídme: ¿qué informacion
Hallásteis de los defectos
Que aquella mujer me dijo?
BELTRAN.
Que son todos verdaderos.
DOÑA INES.
¿Que son ciertos?
BELTRAN.
Ciertos son.
DOÑA INES.
Pues borralde... Mas tenéis,
No le borreis; que es vano,
Entre tanto que no puedo,
Como su nombre en el libro,
Borrar su amor en mi pecho.
BELTRAN.
Con las tablas de la ley
Diste, señora, en el suelo.
No hallarás perfeto esposo;
Que caballo sin defeto,
Quien lo busea, desconfie
De andar jamas caballero.

En todos los trozos que hemos copiado, y en todas las obras de este autor, hallamos generalmente la naturalidad, que iba faltando á nuestros poetas, y muy leves resabios del culteranismo que él mismo critica en la anterior escena. Por lo tanto, admira más el encontrar en una comedia que pasa por suya, *El Tejedor de Segovia*, primera parte, las siguientes octavas, describiendo una batalla, en las que se quiere dejar atrás al mismo Góngora:

Admito el desafío, y salgo luego
A la palestra, en que aguardando estuve
En un rayo andaluz, monstruo de fuego,
Que una vez es astilla y otra nube:
Hipogrifo le juzga el campo ciego,
Y el sol cometa que á eclipsarse sube;
Que unas veces ligero y otras grave,
Goza en los vientos privilegios de ave.
Era tigre en la piel, como retrata

Entre flores abrí curioso toro,
En quien siembra, con círculos de plata,
Pórfido á líneas salpicadas de oro;
La cola, que culebra se desata,
Pompa del sol, y de su luz decoro,
Golfo de tornasoles parecía,
Y la crin, lisonjera argentería.
Era un monte su pecho, y su cabeza
Tan recogida y breve, que á un diamante
La quiso reducir naturaleza,
Siendo en todo á una perla semejante.
Tropezando en su misma ligereza,
Burla el viento soberbio y arrogante,
Tanto, que el viento allí, por imitallo,
Quisiera no ser viento y ser caballo.
A esta ocasion el moro al puesto llega,
Danzando al son del militar ríido,
Con los compases de una alfana griega,
Alabastro con alma y con sentido:
Cisne parece que en el sol navega.
Por nubes que ha burlado y desmentido,
Que entre ellas quiere el bruto que presuma
Que hay estrellas también que visten pluma.
Era un jazmin la yegua, y poderosa
De cola y crin, de cuello angosto y breve,
Ancha de pechos, de ancas portentosa,
Dando en ellas al sol montes de nieve;
Llamas sus ojos son, su testa hermosa,
Que entre ondas de marfil estrellas bebe,
Lágrimas del Ceilan, pues al moverla,
Le dió la vista admiracion de perla.

Compárese también esta descripción con la que al mismo objeto hay en *Todo es ventura*, y escrita igualmente en octavas reales, y se verá la enorme diferencia de trozo á trozo, de estilo á estilo. Aunque alguno habrá tal vez que tenga estas octavas por ricas y brillante poesía, nosotros las creemos indignas de ALARCON: bien es verdad que esta primera parte del *Tejedor de Segovia*, comparada en su estilo con la segunda y con las demás comedias del autor, nos parece ser, y así lo creemos, de muy distinto poeta.

Hemos dicho que algunos habrá que tengan el trozo anterior por un dechado hermoso de alta poesía; y con efecto, comun es entre nosotros dejarse llevar de la pompa de las palabras, la sonoridad de los versos y lo extraño ó ingenioso de ciertas metáforas exageradas y ridículas, muchas veces ininteligibles, pero que hasta se aplauden más por su oscuridad misma, sobre todo en el teatro, cuando caen estas relaciones altisonantes en poder de un actor de voz hermosa y campanuda que las declama con énfasis. Si el gongorismo se acreditó á tal punto en nuestra poesía lírica, no podía menos de inficionar el teatro; y ya en la época que recorremos solían resentirse del contagio hasta nuestros mejores ingenios, sin embargo de que más de una vez ridiculizaron á los cultos. Si fueran las octavas que acabamos de citar realmente de ALARCON, presentarían una triste prueba de cuán fácil es que el mal-gusto pervierta á los más claros entendimientos, puesto que el de ALARCON era el menos á propósito para dejarse arrastrar á esta clase de manía. ¿Qué sucedería pues á hombres de imaginación más arrebatada, más rica y poética? El peligro era grande, y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo. Afortunadamente, aunque rindió parias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron más poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo: tal era la robustez que había adquirido desde que Lopé de Vega le dió el grande impulso.

PRINCIPIOS

DE LOS DOS TOMOS DE COMEDIAS DE ALARCON IMPRESOS POR ÉL (1).

Portada del primer tomo:

«Parte primera de las comedias de DON IVAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOÇA, Relator del Real Consejo de las Indias, por su Magestad. Dirigidas al excelentísimo señor don Ramiro Felipe de Guzman, señor de la Casa de Guzman, etc. — Con privilegio. En Madrid, por Iuan Gonçalez. Año M. DC. XXVIII. A costa de Alonso Perez, Librero del Rey nuestro S.»

A la espalda de la portada:

TÍTULOS DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

Los favores del mundo.
La industria y la suerte.
Las paredes oyen.
El semejante a sí mismo.
La cueva de Salamanca.
Mudarse por mejorarse.
Todo es ventura.
El desdichado en fugir.

Tercera página (sin foliación).

SUMA DEL PRIVILEGIO.

Tiene privilegio el Autor deste libro por diez años, para le hazer imprimir, sin que otra persona sin su licencia lo pueda hazer, sopena de las penas en el dicho privilegio contenidas: que fue despachado en diez y seis de Março de 1622. que está refrendado de Pedro de Contre-ras, Secretario de su Magestad.

SUMA DE TASSA.

Está tassado este libro por los señores del Consejo, a quatro maravedis cada pliego, como consta de su tassa, despachada en el oficio de don Fernando de Vallejo Secretario del Rey nuestro señor, en veinte y quatro del mes de Julio de 1628.

Sigue la fe de erratas.

Dada en Madrid, a 22. de Julio de 1628. años. — *El Licenciado Murcia de la Liana.*

Página 4.^a

APROBACION DEL MAESTRO ESPINEL.

Las Comedias de DON IVAN DE ALARCON, que V. A. me mandó que viesse, fuera de no tener cosa contra la Religión y buenas costumbres, tienen muy gentil estilo, conceptos honestos y agudos: y assi V. A. puede hazerle la merced que suplica. En Madrid, primero de Março de 1622. — *El Maestro Espinel.*

LICENCIA DEL ORDINARIO.

He hecho ver este libro de ocho Comedias, compuestas por DON IVAN DE ALARCON, y no tienen cosa contra la Fè y buenas costumbres, puedese imprimir dando licencia para ello los señores del Consejo Supremo de su Magestad. En Madrid a catorce de Hebrero de seiscientos y veinte y dos años. — *El Doctor Diego Vela.* — Ante mi *Simon Ximenez.*

(1) Se reproducen aquí con la ortografía y puntuación que tienen, para que sirvan de muestra de aquella edición, y también por ser importantes los prólogos y las fechas.

APROBACION DEL DOCTOR MIRA DE AMESCUA.

Por comission del señor don Diego Vela, Vicario general de Madrid, he visto estas ocho Comedias que escribio don IVAN RUIZ DE ALARCON, y no ay en ellas cosa contra nuestra Fè, ni buenas costumbres, sino mucha doctrina moral, y política, digna del ingenio y letras de su Autor. En Madrid a 29. de Enero de 1622. — *El Doctor Mira de Amescua.*

Páginas 5.^a, 6.^a y 7.^a

AL EXCELENTÍSSIMO SEÑOR DON RAMIRO FELIPE DE GUZMAN, señor de la Casa de Guzman, Duque de Medina de las Torres, Marques de Toral, Marques de Monesterio, Conde de Parmacollo, y Valdorçe, señor de la villa y montañas de Boñar, del valle de Curueño, del Castillo de Abiados, de los Concejos de los Cilleros, Comendador de Valdepeñas, Gran Canciller de las Indias, Tesorero General de la Corona de Aragon, Capitan de los cien Hijosdalgo de la guarda de la Real persona, y Sumiller de Corps de su Magestad del Rey nuestro señor Filipo Quarto, que Dios guarde.

Aunque los favores, que la fortuna con tantos ojos, como razones su Magestad, emplea en V. Excelencia, y los que V. Exc. con tanta largueza en mí, y el puesto que oí tan dignamente ocupa, de Presidente, y Gran Canciller de las Indias, de cuyo Consejo soy ministro, le adquieren para ser elegido mi Mecenas, derechos tan precisos: títulos son todos, que están de sobra, en llegando á la consideracion de las partes de magnanimidad, prudencia, piedad, y justicia, que contra las amenazas de su edad, y pronosticos de la embidia, con tal harmonia templadas le componen; que parece, que el cielo con particular cuidado ha querido con el acierto, que ha mostrado la experiencia, desempeñar la eleccion, que hizo el amor, de quien fió a edad tan verde multiplicados ministerios, que divididos apenas la mas madura puede a cada uno satisfacer. Pues aunque concedo, quanto debo y puedo, a la prudencia y divino dictamen de su Magestad, y a la especulacion, seso, y buen zelo del Conde mi señor, nunca me persuadiré, a que no han excedido los efectos a sus esperanças: Solo concederé, que les han igualado sus deseos. Pues si la recomendacion mayor, segun Seneca, para con los buenos es serlo: yo, que quando no lo sea, debo al menos trabajar por parecerlo: no he menester, mas que serlo tanto V. Exce. para publicarme afecto, y conocerme obligado a celebrarle, en lo mas que mis pocas fuerzas alcancen; ni V. Exc. para ampararme. Estas pues ocho Comedias, sino licitos divertimientos del ocio, virtuosos efectos de la necesidad, en que la dilacion de mis pretensiones me puso, reciba V. Exc. en su proteccion, que si bien parecerá, que por aver passado la censura del teatro, no necessitan de tan gran defensa: tal es la embidia, que la han menester. Guarde nuestro Señor a V. Exc. los años y con los aumentos que desea entre los demas este su menor criado. — EL LICENC. D. IVAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOÇA.

EL AUTOR AL VULGO.

Contigo hablo, bestia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta mas, que yo sabría: Allá van esas Comedias, tratalas como sueles, no como es justo, sino como es gusto, que ellas te miran con desprecio, y sin temor, como las que passaron ya el peligro de tus sil-